

Y, sin embargo, la Sociología...

And yet, Sociology...

E, no entanto, a Sociologia...

Kathya Araujo

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

Resumen

La crisis es un elemento constitutivo y movilizador de la sociología, la que se produce cuando las transformaciones sociales terminan por desencajar las teorías de la sociedad, obligando a una renovación de las herramientas teóricas y del repertorio metodológico, así como afectan la posición social y dinámica institucional de la disciplina. Partiendo de lo anterior, este texto profundiza en la textura de la crisis actual de la sociología, proponiendo que esta se liga a las profundas transformaciones en el lazo social acontecidas en las últimas décadas, y se detiene en uno de los seis afluentes más importantes de esta inflexión: los efectos de la creciente individualización de las sociedades. Usando el caso de Chile, se analizan sus impactos sobre las tesis teóricas y conceptualizaciones con las que trabajamos, pero también se detiene en cómo ello desestabiliza el lugar social e institucional de la disciplina.

Palabras clave: Crisis, Sociología, lazo social, individualización, teoría social.

Abstract

The crisis is a constitutive and mobilizing element of sociology, emerging when social transformations challenge existing theories of society, prompting a renewal of theoretical tools and methodological approaches. It also influences the social standing and institutional dynamics of the discipline. Based on this understanding, the text explores the current crisis of sociology, linking it to profound changes in social bonds that have occurred in recent decades. A key dimension of this transformation—one of the six most important—is the increasing individualization of societies. Using the case of Chile, the analysis examines how this process impacts existing theoretical frameworks and conceptualizations, as well as how it destabilizes the social and institutional role of sociology itself.

Keywords: Crisis, Sociology, Social bond, Individualization, Social theory.

Resumo

A crise é um elemento constitutivo e mobilizador da sociologia, que ocorre quando as transformações sociais acabam por dismantelar as teorias da sociedade, obrigando a uma renovação dos instrumentos teóricos e do repertório metodológico, bem como afectando a posição social e a dinâmica institucional da disciplina. Com base no exposto, este texto aprofunda a textura da actual crise da sociologia. Propõe que esta crise está ligada às profundas transformações do laço social ocorridas nas últimas décadas, e centra-se num dos seis tributários mais importantes desta inflexão: os efeitos da crescente individualização das sociedades. Utilizando o caso do Chile, analisa o seu impacto nas teses teóricas e nas conceptualizações com que trabalhamos, mas também como isso desestabiliza o lugar social e institucional da disciplina.

Keywords: Crise, Sociologia, vínculo social, individualização, teoria social.

Recibido: 25 de febrero de 2025

Aceptado: 17 de mayo de 2025

La crisis como condición inherente de la sociología

Quizás una de las cuestiones que rondan con cierta insistencia en las conversaciones de sociólogos y sociólogas en la actualidad, es la pregunta por si se encuentra en crisis la sociología. Las razones que apoyan una respuesta afirmativa a esta cuestión son variadas: la baja de las matrículas en varios países, la dificultad de la sociología para orientar los debates públicos nacionales en muchos lugares, dejando el espacio para la economía, la filosofía o las neurociencias, la escasez en la producción de teoría o de aportes suficientemente consistentes en ella. Podríamos continuar esta lista.

Pero, ¿hay verdaderamente una crisis en la sociología? La respuesta que quiero ofrecer a su consideración es la siguiente: sí, la sociología enfrenta una crisis, pero que la enfrente no es verdaderamente lo esencial. Lo esencial es detenerse en la textura de esta crisis, la que nos toca. Permítanme argumentarlo.

Establecer si hay o no una crisis de la sociología no es lo esencial, y no lo es porque la crisis es un elemento constitutivo y movilizador de la sociología desde hace mucho (Gouldner, 1980; Boudon, 1971). La historia de la sociología está directamente ligada a las direcciones que van tomando las transformaciones de las relaciones sociales. Transformaciones que, como sabemos, son constantes y dinámicas. La sociología tiene un objeto de estudio móvil y eso hace que su destino sea enfrentar de manera tan reiterada como inherente sus insuficiencias ante un objeto que se reconfigura. Me parece indicado tratar de decirlo recuperando la distinción ordinaria en la tradición alemana entre teoría social y teoría de la sociedad.

La teoría social se entiende como una reflexión sobre los conceptos básicos que orientan el conocimiento y es de orientación universalista. La teoría de la sociedad se ancla a específicas fases históricas y contextos espaciales, y ella puede ser entendida como el estudio de la forma o formas que toman las sociedades humanas y lo que las distingue de otras modalidades anteriores. Para la sociología *mainstream* esto ha estado por mucho tiempo ligado a las formas específicas que toman las sociedades modernas. La teoría de la sociedad sería al mismo tiempo desde esta perspectiva una teoría de la modernidad (Reckwitz, 2016). Si esto vale para sociedades centrales del norte, por supuesto ello plantea, como ha sido discutido con profundidad en el último tiempo, un problema para otras sociedades que no entran en esta categoría (como es el caso de los estudios postcoloniales y decoloniales, por ejemplo). Por lo que, sin adentrarme en ello ahora, vale la pena mencionarlo y, al mismo tiempo, usarlo para ampliar esta definición y convenir de manera más general que las teorías de la sociedad se interesan en las formas que toma una sociedad en el marco de una condición histórica específica.

En cualquier caso, lo que enfrentamos en la sociología son impactos relativamente constantes, percibidos en la mediana duración, de evidencias que irritan nuestras teorías de la sociedad. Estas irritaciones o desencajes en las teorías de la sociedad echan luz, a su vez, sobre vacíos o insuficiencias existentes en la teoría social, para tomar la formulación de Boudon (1971) sobre las incertidumbres epistemológicas de la sociología (y, por ende, los impactos en las metodologías que intervienen sobre el destino institucional de la disciplina).

La sociología enfrenta, así, el desafío de un objeto móvil que tiene momentos de cristalización de quiebres o rupturas con formas anteriores. Por eso, la palabra crisis le conviene tan bien al trayecto sociológico. Vale la pena recordar que la etimología de

la palabra crisis viene del griego *Krisis* que a su vez deriva del verbo *Krinein*. Crisis alude a una ruptura o un cambio marcado y a la acción de analizarlo y reflexionar sobre él. Las dos cosas a la vez. El término está asociado a un origen de uso agrario que implica la acción de separar (como el trigo de la paja), pero incluye también la acción de elegir o decidir, de juzgar, o sea de emitir un juicio, y de contienda. Por eso, el sentimiento de crisis resulta un acompañante fiel en el camino de la sociología. Permite comprender. Bien visto, es la *Krisis* lo que resulta su motor y su brújula. Es por esta razón, también, que es posible, me parece, en una misma frase reconocer primero la crisis de la disciplina y luego continuar con un contundente: “y, sin embargo, la sociología...”. La crisis no es sino el testimonio de la constante tarea de los sociólogos de acompañar de cerca a su objeto.

Tomemos algunos ejemplos de la historia reciente. Entre los años cincuenta y sesenta, principalmente, presenciamos una crisis que lleva a poner en cuestión la hegemonía de una sociología de corte normativo funcionalista (Parsons, 1951, 1964), y de la preeminencia de una perspectiva teleológica en las miradas de los procesos sociales (teoría de la modernización). Ambas posiciones penaban en dar cuenta de sociedades que se embarcan con energía en movimientos contraculturales, abandonan la línea recta, y evidencian motivaciones para la acción que difieren de aquellas provistas por el conjunto normativo consensuado por las sociedades, pero que no alcanzan a ser descritas con el término desviación. Estas evidencias hacen que aquellas posiciones teóricas sean consideradas inoperantes analíticamente, al mismo tiempo que ciegas a sus consecuencias políticas. Pero esta crisis, sin embargo, no representa el vaciamiento de la disciplina, sino que más bien es develada y encauzada, de manera importante pero no única, por parte de las sociologías del conflicto y de la dominación en su versión estadounidense (Coser, 1956; Dahrendorf, 1959) y europea (con autores como Foucault, 1964, 1975 o los de la renovación marxista, Althusser et al., 1965).

En los años setenta y ochenta el contenido de la crisis se produjo en torno al gran debate sobre la capacidad de la sociología de generar diagnósticos pertinentes para una época que parecía escapársele de las manos. Se hacían evidentes diferentes límites. Aquellos de la gran teoría y sus anhelos totalizadores con altos niveles de abstracción para dar cuenta de un mundo que se pluralizaba normativa y fácticamente. Las dificultades para continuar estableciendo relaciones más o menos directas entre la posición social y la acción de los individuos (las formas de conducirse, sus gustos, sus preferencias, sus adhesiones), una cuestión que, a su vez, denotaba el agotamiento de modelos estructuralistas y marxistas. Y, sin embargo, la sociología respondía hacia finales de los años setenta, al mismo tiempo, por ejemplo, por la vía de la introducción del sujeto y de las subjetividades y de una sospecha expandida respecto de las teorías generales o grandes narrativas (Lyotard, 1987). Lo hacía, también, con una revaloración de las microsociologías (Goffman, 1974; Blumer 1969) con explicaciones a nivel meso, poniendo el acento en las llamadas teorías de rango medio (Merton, 1968); con un conjunto de nuevas metodologías cualitativas que la acompañaban. Pero también, y en contraste, dada la sospecha de ideologización que se produjo en ese momento, con una creciente valoración de los métodos cuantitativos, particularmente las encuestas, todo un aparato supuestamente pertinente para eliminar las sospechas de colonización político-ideológica de la disciplina (Larraín, 2014).

Para inicios del siglo XXI, la sociología enfrentaba una nueva gran sospecha de crisis, especialmente irradiada desde la sociología francesa. Esta se ligaba a la evidencia del debilitamiento y/o dificultad de las instituciones sociales para cumplir sus tareas concretas o simbólicas. Las instituciones sociales, fuese familia, escuela o Estado, para nombrar algunas aristas, no eran más lo que habían sido y su debilidad debilitaba la noción de sociedad como un concepto útil para aprehender nuestro objeto (Dubet, 1994). Esto condujo a diagnósticos que, en su versión más explícita, destacaban el fin de la idea de sociedad tal como la conocemos y subrayaban las dificultades de la sociología frente a la obsolescencia de sus herramientas teóricas y metodológicas. Y, sin embargo, la sociología respondía ya con brío a ese diagnóstico con teorías como el pragmatismo, las del actor-red o las variadas sociologías del individuo y la individuación.

A mi juicio, como ya lo mencioné, lo esencial no es determinar si la sociología está o no en crisis. Siempre lo está en un sentido, lo que relativiza el carácter erosivo de tal crisis. Hay que vivir con ella y quizás, sobre todo, de manera menos dramática. Lo esencial es establecer de qué manera se presenta esta crisis. Es decir, discernir lo que irrita y desencaja nuestras teorías de la sociedad, lo que reverbera en nuevas exigencias a la teoría social, lo que interviene en el repertorio metodológico y afecta la posición social y dinámica institucional de la disciplina. Se trata de identificar cuál es la naturaleza de la crisis, cuáles son sus componentes, cuáles son sus flancos privilegiados. Lo esencial es hacerlo entendiendo que toda interrogante por la crisis de la sociología es, en el fondo, una pregunta por los avatares de nuestro objeto de estudio. A saber, por los destinos de las formas de estructuración de las relaciones sociales en sus diferentes niveles y su repercusión en las distintas esferas de la vida social.

La textura de la crisis de la sociología hoy: el lazo social

Dicho lo anterior, me gustaría detenerme a encarar la siguiente pregunta: ¿Cuáles son, entonces, los afluentes principales de la crisis de la sociología hoy, esa que nos toca a nosotros y nosotras encarar? A mi entender, de manera central, nuestra crisis toca de manera profunda lo relativo al lazo social. Entiendo por lazo social las formas que toman las relaciones entre los individuos, entre estos y las instituciones, y entre estos y la sociedad como representación. Los modos en que estas relaciones se establecen se han modificado y se están modificando de manera profunda. Lo están haciendo tanto desde la perspectiva de la adhesión social (Bouvier, 2005; Pautam, 2017), como desde aquella relativa a los rendimientos y mecanismos que se movilizan para dar forma a estas relaciones e interacciones (Goffman, 1959). Fenómenos que afectan las escuelas, la violencia criminal y las economías ilegales, los ideales juveniles en sectores populares, las irritaciones ordinarias en las calles, las nuevas características de las relaciones laborales, o la relación de los individuos con la política hoy, entre otros muchos, son síntomas de estos cambios. Ahora bien, nuestros diagnósticos de sociedad no avanzan si este tipo de fenómenos los leemos desde alguna matriz vinculada con la desviación normativa (como en Parsons) o con el concepto de histéresis (como en Bourdieu), para mencionar dos perspectivas ampliamente comentadas. El punto en cuestión es más profundo. Estos fenómenos irritan nuestras teorías de la sociedad. Lo hacen porque

lo que acontece, es que debido al impacto de los cambios estructurales materiales y normativos en acción desde hace un buen tiempo, se transforman los resortes básicos de lo que da forma al lazo social. En este sentido, me gustaría proponer que seis de los más importantes afluentes de la crisis de la sociología hoy son:

- 1) Los efectos de la individualización creciente.
- 2) La reconfiguración de los principios, valores, normas y códigos relacionales e interactivos (como el respeto, la jerarquía, la cortesía, la verdad, entre otras).
- 3) La desestabilización de las moralidades sociales y de la noción de justicia.
- 4) Los derroteros que toma la cuestión del poder y del control en la vida social que se expresan en el reordenamiento de los mecanismos de gestión de asimetrías de poder y de las tipologías del control social (subjetivo, intersubjetivo y fáctico).
- 5) Las transformaciones en la cualidad de la relación con el colectivo y con la sociedad como representación de conjunto.
- 6) Los desafíos que abren las nuevas tecnologías a nivel de la estructuración del lazo social.

Cada uno de estos afluentes, como señalé, son constitutivos de nuestra crisis hoy porque nos develan la necesidad de evaluar la fortaleza de lo que nos ofrece la teoría social para aprehender lo que encaramos.

Por razones de tiempo, me voy a limitar a presentarles el ejercicio de análisis de solo uno de estos afluentes de la crisis: los efectos de la individualización creciente. Espero mostrar en lo que sigue cómo este proceso ha irritado y desencajado nuestras teorías sobre la sociedad a partir del análisis de tres desafíos teóricos. Y cómo, con ello, ha echado luz sobre los límites de las herramientas teóricas con las que contamos, al mismo tiempo que ha desafiado el lugar social e institucional de la disciplina.

Los efectos de la individualización creciente como afluente de la crisis de la sociología

Quisiera empezar por hacer una precisión conceptual entre individuación e individualización, antes de continuar con mi argumento sobre la manera en que los efectos de la individualización creciente aportan a la crisis de la sociología. Lo hago porque con frecuencia estos términos aparecen confundidos o con usos indeterminados. Pero, también, porque me es indispensable precisar la relación entre ellos para el argumento que quiero defender.

Abro entonces un paréntesis. Desde el marco en el que trabajo, la individuación refiere al proceso que explica el tipo de individuo que primordialmente se produce en una sociedad en un momento histórico determinado. Asume, desde aquí, que, en contra de una lectura que restringió la existencia de individuos al individuo moderno, cada sociedad no importa si moderna o no, debe realizar este tipo de rendimiento. Por el contrario, me refiero con el término de procesos de “individualización” a un

trayecto histórico en el cual las instituciones han hecho de manera cada vez más clara a los individuos el eje y el foco de sus interpelaciones, intervenciones y justificaciones (Beck & Beck-Gernsheim, 2002). Asimismo, me refiero con individualización a un momento histórico que ha promovido con intensidad el cultivo de la individualidad propia de cada cual, lo que se ha asociado a un trabajo de construcción y presentación de sí en que lo central es la singularidad individual (Martuccelli, 2010; Reckwitz, 2019; Singly, 2017). Estos procesos de individualización se han desarrollado, ellos sí, enmarcados en la modernidad, pero han tomado rasgos particulares en cada región y sociedad. No podemos entender los procesos de individualización como los mismos en todas las sociedades. No podemos hacerlo, porque las formas que ellos toman están íntimamente ligadas a las maneras en que se resuelven en cada sociedad los procesos de individuación. La individualización se monta sobre los rasgos propios generados por el tipo de individuación en curso de una sociedad.

Hecha la aclaración, veamos cómo la creciente individualización aporta a la crisis de la sociología. Voy a discutir tres maneras en que ello ocurre. Dos de ellas ligadas a lo que devela sobre tesis teóricas y conceptualizaciones con las que trabajamos. La tercera en relación con cómo desestabiliza el lugar social e institucional de la disciplina

Desafío 1: la tesis del individualismo institucional y la tesis de la socialización

Para dar cuenta del primer desafío, voy a usar el caso de Chile. Como lo he discutido en varias publicaciones (Araujo & Martuccelli, 2012; Araujo, 2022), la profundización de la individualización en el caso de Chile, ocurrida en las últimas décadas, ha estado enmarcada por dos grandes motores.

Por un lado, la expansión del mercado y la inclusión de vastos sectores en él, en el contexto de la instalación de un modelo económico neoliberal promovido bajo la dictadura. Un modelo que se acompaña retóricamente por la promesa de ser una vía de expansión de la igualdad y de mayores oportunidades; que fortalece la idea y la deseabilidad de lo individual a través del culto al esfuerzo propio, del ideal del empresario y el emprendimiento; que impulsa a las instituciones a hacer de su eje al individuo bajo un discurso retórico, no obstante, de la familia y la patria; que actúa por medio de la constricción de soluciones individuales principalmente apoyadas en la re-estructuración del mercado laboral y las relaciones laborales así como de la privatización de los servicios de prestaciones sociales. Por el otro, y luego de la dictadura, se le agrega a estos impulsos la llegada de un discurso de la ciudadanía y los derechos. Desde aquí, se propone la figura del sujeto de derechos, la promesa de igualdad y el impulso a la valoración de la autonomía. El individuo del mercado y el individuo ciudadano se refuerzan mutuamente, aunque de maneras muchas veces contradictorias y aún erosivas.

Los procesos de individualización, sin duda, están impulsados culturalmente por la exposición a los medios de comunicación de masas y las figuras ideales de sujeto que transportan. Pero, ellos encuentran sus motores estructurantes y para su expansión en los dos procesos descritos. Si en el caso europeo los procesos de individualización se afianzan con el Estado de Bienestar, y todos los soportes sociales que brinda, para el caso chileno la individualización se produce en momentos en que los escasos

soportes y protecciones institucionales frente al mercado se debilitan. Esto impulsa a que la individualización se desarrolle en el marco de formas de individuación que se asocian a la extensión de individuos hiper-actores relacionales apoyados más en sus cercanos que en las instituciones. La evidencia empírica obtenida en conjunto con Danilo Martuccelli en un estudio sobre los procesos de individuación en Chile, muestra que los individuos no se forjan básicamente en referencia a las prescripciones institucionales. Los individuos se forjan afrontando las vicisitudes de la vida social mediante sus capacidades y habilidades, las que incluyen la movilización de las relaciones interpersonales, y a través de un conjunto singular de estrategias y competencias. La capacidad de las instituciones para impactar la producción de los individuos es más bien débil (Araujo & Martuccelli, 2014).

Así, por razones propias a las condiciones históricas que han puesto marco a los procesos de individuación en Chile, la individualización ha venido aparejada con un distanciamiento y crítica de las instituciones. Se ha dado en un contexto en que los individuos no solo se sienten a distancia de las instituciones, sino que incluso piensan que deben protegerse de las mismas. Lo anterior ha generado que se abra la pregunta sobre la capacidad de las instituciones sociales para dar forma a la vida social e impactar en la producción de individuos.

Este resultado implica poner en cuestión una de las tesis centrales de la sociología: la tesis del individualismo institucional. Ella supone que son las instituciones (escuela, Estado, etcétera), las que van a ser las principales actrices en la producción de individuos en una sociedad y que van a dar sustento a los procesos de individualización. Esta es una tesis, la del individualismo institucional, y esto es esencial, que no ha sido puesta en cuestión por la sociología desde su elaboración por Parsons, y se encuentra en la base de la mayor parte de desarrollos que analizan hoy la sociedad tomando en cuenta la acción social. Es decir, que en virtud de lo anterior, para la sociología un elemento de base es el papel descollante de las instituciones para producir individuos y moldear la vida social. Las evidencias empíricas sugieren que esta herramienta teórica de base para la comprensión de los individuos en la sociedad tiene límites.

No obstante, la cuestión va mucho más allá. Esto porque el individualismo institucional se asoció, además, con otra de las tesis quizás más importantes en la sociología, la que también se ha mantenido por décadas como una piedra angular de la teoría social: la tesis de la socialización. Esta ha tenido un rol central en la explicación sociológica, ya sea en su versión más normativa representacional, como en el caso de Parsons (1951, 1964); más ligada a la praxis, como en Bourdieu (1980); o vinculada con la interdependencia y la dimensión interrelacional y sus efectos, como en Elias (2000). ¿Es posible desestimar la tesis de la socialización hoy? Probablemente no. No obstante, quizás debemos admitir que los fenómenos sociales han dejado de poder ser explicados de manera indiscutible por esta tesis. Por ejemplo, los resultados de un estudio intergeneracional en familias de sectores populares en Chile en ejecución actualmente, o el comportamiento electoral de los jóvenes en el caso de la última elección presidencial en Argentina, muestran cómo los jóvenes rompen muchas veces con tradiciones políticas familiares. Esto parece al menos abrir preguntas sobre el peso de la socialización en las modalidades que toman las conductas, enjuiciamientos y adhesiones políticas de los individuos.

De este modo, las evidencias empíricas irritan las teorías de la sociedad porque los individuos dejan de sentirse identificados con las instituciones y de reconocer su influencia en ellos, desestabilizando patrones predictivos de conductas u opiniones. También porque el peso de la familia, que se mantiene, lo hace sin que ella sea necesariamente fuente explicativa de las regularidades sociales. Se transparenta, así, la insuficiencia de una teoría social que suponía que las instituciones eran capaces de dar forma a los individuos de tal modo que estuviera asegurada de manera no constrictiva la coordinación y la reproducción social (Dubet, 1994). De una teoría social que consideraba que las familias conseguían garantizar una cierta continuidad, por ejemplo, de la relación con la política, conjuntos de valores, o actitudes frente a la jerarquía. Estas dos tesis, individualismo institucional y socialización, principales fuentes explicativas de rendimientos centrales de las sociedades para asegurar su permanencia y continuidad, rendimientos como la reproducción social o la coordinación social, deben enfrentar hoy ser puestas bajo signos de interrogación a la luz de las evidencias que irritan y desencajan nuestras teorías de la sociedad. Y, de seguir confirmándose las sospechas, la sociología está obligada al mismo tiempo a poner algo otro en su lugar.

Esta es una arista importante de cómo la individualización creciente aporta a la crisis de la sociología. Pero no es todo.

Desafío 2: la noción de individuo en América Latina

Existe una segunda manera de mirar el aporte de este proceso de individualización a la crisis de la sociología, en el sentido que he propuesto entender este término. Esta hay que situarla más regionalmente: en América Latina, y en el ámbito de las conceptualizaciones sobre las sociedades en ella. En esta región, con escasísimas excepciones, la figura del individuo ha sido concebida como una amenaza. Esto lo encontramos desde las posiciones novecentistas y su temor a la barbarie, hasta llegar a las posiciones decoloniales y su sospecha eurocéntrica, pasando por el rechazo al individuo en favor de un sujeto ideal épico y fundado en una identidad colectiva en las lecturas que se han hecho desde la sociología política, incluso la contemporánea. Así, el individuo ha penado en encontrar un lugar en las narraciones de las ciencias sociales que no estuviese marcado por la asociación con el egoísmo, con la transgresión, con lo anti-colectivo, o en su versión más contemporánea, como pura expresión de una subjetividad neoliberal.

Por supuesto, una lectura que vincula individuo y egoísmo, o reconoce que el individuo puede servir como un espejismo destinado a sostener mecanismos de dominación, no es completamente errada. Ejemplos de lo primero, de la cuestión del egoísmo, son la protección violenta del territorio contra posibles infectados en la época de la pandemia, o la afirmación individualista que ha llevado a la expansión de un uso violento de la superioridad moral en interacciones ordinarias. Ejemplo de lo segundo, la dominación, es el afianzamiento de la responsabilización individual que ha permitido restar la responsabilidad de las decisiones de los actores políticos así como velar los efectos estructurales. Esta lectura negativa y amenazante del individuo no es completamente errada. Desconocerlo sería caer en el entusiasmo acrítico de algunas posiciones. Es una perspectiva necesaria, sin duda, pero es insuficiente.

Es necesario tomar en cuenta que estos fenómenos de individualización cuya acentuación se ha observado en las últimas décadas, se han desarrollado en una región en la cual las élites han privilegiado históricamente formas tutelares para enfrentar las relaciones con el pueblo o la ciudadanía sustrayéndole autonomía individual por medios diversos. El fortalecimiento del mito del individuo transgresor ha servido para reivindicar las políticas de tutela estatales y de las clases dirigentes (Araujo, 2016). En tal contexto, el fortalecimiento de la individualización es un factor principal de desestabilización de las formas tradicionales, rígidamente jerárquicas tutelares y verticalistas, de concebir el lazo social y, por tanto, un instrumento que empuja a la renovación de este. La individualización se vincula a cambios centrales en las formas que toma el lazo social.

La acentuación de los procesos de individualización, por tanto, pone en tensión una comprensión del problema del individuo como déficit y amenaza que ha sido constitutiva de las concepciones de la sociología en la región, y obliga a una reconceptualización del mismo que integre de mejor manera su ambivalencia.

El riesgo de quedarse en una lectura del individuo como amenaza es que impide sacar las consecuencias del hecho que enfrentamos procesos de individualización, e incluso singularización irreversibles y expandidos. Nos hace ver a las personas ordinarias como obstáculos a la transformación siendo que es en ellas –y desde ellas– que la hechura del mundo y su transformación se produce o se producirá. Conjuntamente, nos impide enfrentar la tarea de aprehender en este contexto las maneras en que se desarrolla la rearticulación profunda de la relación del individuo con el colectivo en nuestros tiempos.

Tomar en consideración esta arista, nos obliga a complejizar los análisis para tratar de entender cuáles son las fórmulas de nuevo cuño que dan contorno al problema del individuo y el lazo social en la región en general, y en Chile en particular.

Desafío 3: Individualización creciente y desafíos a la disciplina

En tercer lugar, la creciente individualización interviene en dar forma a la crisis, también, porque incide negativamente en la definición del impacto y extensión de lo que Claudio Ramos (2019) llamaría los relatos sociológicos de la sociedad, y en la representación y valorización de la propia disciplina.

En el debate internacional, las consecuencias de la individualización en términos de teorías de la sociedad han sido largamente exploradas. Por ejemplo, el peso de la sobre-responsabilización individual (Bauman, 2003), como fórmula de dominación (Rose, 1999) o en el modelo de empresario de sí mismo (Bröckling, 2015). Pero también, y quizás menos explorado, se ha puesto en evidencia la manera en que ella ha tenido también una consecuencia directa para la propia disciplina. En el cruce entre individualización, sobre-responsabilización, singularización, construcción de nuevas formas de dominación, aunque también gracias a la atomización de la propia sociología, la mirada sociológica pierde relevancia y se hace menos nítido su aporte. El psicoanálisis, las modalidades de auto-ayuda con recursos de la psicología en una versión más silvestre, y, en el último tiempo, una alianza entre las psicologías cognitivas y evolucionistas y las neurociencias, aportan a forjar una perspectiva que, sostenida en la agudización de la individualización y sus impactos, termina por

psicologizar los diagnósticos, las soluciones y las modalidades de intervención social. De ahí que el discurso psicológico aparezca como el marco prioritario de comprensión de un número creciente de fenómenos contemporáneos (Martuccelli, 2005). La filosofía, por su parte, despojada de la carga de la dictadura metodologicista, ocupa grandes espacios de interpretación de procesos sociales y culturales haciendo uso de altos grados de generalización, tonos más intimistas y subjetivos, y propósitos más explícitos de aportar a generar sentidos para los individuos. El periodismo, con menos corsets institucionales y con soportes más veloces de mayor accesibilidad, reconstruye procesos o fenómenos sociales trayendo también un tono más libremente político y un uso del testimonio, la biografía y las individualidades, mucho más ágil, libre y atractivo, en el que el peso de la anécdota individual entrega verosimilitud y sustento al relato.

¿Qué podemos decir desde Chile? La particular arquitectura estructural que acompaña los procesos de individualización en Chile, de la que hablé hace poco, conduce a que la cuestión del individuo en su relación con lo colectivo esté relativamente ausente y/o tenga poca densidad. Esto a diferencia del caso de Estados Unidos, donde la individualización estuvo en sus orígenes asociada a los deberes con la comunidad (*community*), como lo describiera tempranamente Tocqueville. En Chile, tanto el desequilibrado peso dado a los derechos como una lectura del individuo desde el mercado en su versión neoliberal (sostenido en la escasa regulación estatal), hicieron que el carácter de esta individualización tuviera una baja articulación discursiva social respecto de las modalidades de su relación con lo colectivo y con la comunidad.

Esta ausencia de discursividad, normatividad y prácticas sociales en torno a la relación del individuo con lo colectivo, hace que la misma idea de lo colectivo y la conciencia de interdependencia se debiliten tanto en la representación que hacen de sí los individuos como en aquella de su experiencia de la vida social. Esto se asocia con tendencias a la retracción hacia los mundos íntimos y familiares, con la tendencia a que la sociedad tome la forma de archipiélagos, y con aguzados procesos de desapego de la sociedad, como he buscado discutir en varios trabajos (Araujo, 2022). Estas tendencias y procesos, por supuesto, no son solo efectos de una individualización sin articulación normativa de su relación con el colectivo. Ellos se han producido por el efecto que las constricciones estructurales y la irritación de la vida ordinaria han ido produciendo en la población, y pueden ser entendidos como una fórmula protectora respecto a las exigencias desmesuradas de la sociedad y las tensiones morales que estas producen en las personas. Pero el desapego, la retracción y el modelo archipiélago de la sociedad acompañan los procesos de individualización, y todo ello en conjunto aporta a que la sociología pierda visibilidad.

En la medida en que el vasto enjambre de relaciones sociales, de fenómenos colectivos, de interdependencias, y de conflictos que constituyen la sociedad, dejan de aparecer como elemento central de las representaciones de las personas, el significado de la tarea de la sociología se mantiene a distancia de las personas y las consecuencias de su labor también. Es decir, obstaculiza una de las tareas básicas de la sociología, pues, tal como lo entendía Durkheim en la lección de apertura de su *Curso de Ciencia Social* (1888): “Es ella (la sociología) la que hará comprender al individuo lo que es la sociedad, de qué manera ella lo completa, y cuán poca cosa es él reducido a sus propias fuerzas” ([1888]1970, p. 109).

El triple desafío que este afluente de la crisis nos presenta es claro, aunque quizás no simple: ¿Con qué herramientas teóricas acercarse a un mundo social que requiere altos grados de coordinación colectiva y solidaridad, al mismo tiempo que se caracteriza por una fuerte individualización, retracción y desapego? ¿Cómo poner en el centro de la indagación a un individuo fuertemente individualizado que sea entendido como el fundamento de lo colectivo? ¿Cómo conciliar que es el individuo, ese mismo que el pensamiento crítico latinoamericano ha mirado con sospecha, la osamenta y el corazón mismo del lazo social hoy? ¿De qué manera hacer visible la sociología en un mundo que se piensa en las coordenadas de las individualidades cada vez más imbuidas por el imaginario de la autarquía?

Conclusiones

El mismo ejercicio que he realizado con la individualización podemos y me parece que debemos hacerlo con cada uno de los cinco afluentes de la crisis que he mencionado en este texto. Esto implica definir para cada uno de ellos los fenómenos que aportan a irritar y desencajar nuestras teorías de la sociedad. Establecer las aristas vacías de la teoría que ello ilumina. Listar las innovaciones metodológicas a las que obliga. Percibir los desafíos que plantea en términos del lugar social y la institucionalidad de la disciplina. Formular las preguntas urgentes que de todo ello deriva. Delinear con todo lo obtenido en este decurso, de manera precisa y productiva, la textura de la crisis que a nosotros y nosotras, practicantes de la sociología, nos toca encarar hoy. Finalmente, pero sobre todo, es mi intención principal subrayar esto hoy, implica trabajar en enfrentar la crisis confiando en que en el futuro podremos dar cuenta de la coyuntura que atravesamos hoy, con un relato acabado de la seriedad de esta crisis pero con el acostumbrado fin de frase que testimonia la vitalidad histórica de nuestra disciplina: “Y, sin embargo, la sociología...”.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L.; Balibar, E.; Establet, R.; Macheray, P.; Rancière, J. (2014). *Lire Le Capital*. Presses Universitaires de France. (Obra original publicada en 1965).
- Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados*. LOM Ediciones.
- Araujo, K. (2022). *The Circuit of Detachment*. Cambridge University Press.
- Araujo, K.; Martuccelli, D. (2012). *Desafíos Comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. LOM Ediciones.
- Araujo, K.; Martuccelli, D. (2014). Beyond institutional individualism: Agentic individualism and the individuation process in Chilean society. *Current Sociology* 62, 1, 24-40.
- Bauman, Z. (2003). *La modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U.; Beck-Gernsheim E. (2002). *Individualization*. Sage.
- Blumer, H. (1969). *Symbolic Interactionism. Perspective and Method*. Prentice Hall.
- Boudon, R. (1971). *La crise de la sociologie: Questions d'épistémologie sociologique*. Librairie Droz.
- Bourdieu, P. (1981). *Le sens pratique*. Minuit.
- Bouvier, P. (2005). *Le lien social*. Gallimard.
- Bröckling, U. (2015). *El Self emprendedor. Sociología de una forma de subjetivación*. Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Coser, L. (1956). *The functions of social conflict*. Routledge.
- Dahrendorf, R. (1959). *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Stanford University Press.
- Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. Seuil.
- Elias, N. (2000). *The Civilizing Process: Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*. Blackwell Publishing.
- Emirbayer, M. (1997). Manifesto for a Relational Sociology. *American Journal of Sociology*, 103 (2), 281-317.
- Foucault, M. (1975). *Surveiller et Punir. Naissance de la Prison*. Gallimard.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1964).

Kathya Araujo

- Goffman, E. (1974). *Frame analysis: An essay on the organization of experience*. Harvard University Press.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. Doubleday.
- Gouldner, A. (1980). *The Coming Crisis of Western Sociology*. Basic Books.
- Larraín, J. (2014). Reflexiones sobre la teoría social en la actualidad. *Economía y Política* 1(2), 73-99.
- Lyotard, J. F. (1987). *La condición post moderna. Informe sobre el saber*. Ediciones Cátedra (Obra original publicada en 1979).
- Martuccelli, D. (2010). *La société singulariste*. Armand Colin.
- Martuccelli, D. (2005). *Cambio de rumbo*. LOM Ediciones.
- Merton, R. K. (1968). *Social theory and social structure*. Simon and Schuster.
- Parsons, T. (1951). *The Social System*. The Free Press.
- Parsons, T. (1964). *Social Structure and Personality*. The Free Press.
- Paugam, S. (2017). *Vivre ensemble dans un monde incertain*. Éditions de l'Aube.
- Ramos, C. (2019). *Relatos sociológicos y sociedad. Tomás Moulián, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: obra, redes de producción y efectos (1965-2018)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Reckwitz, A. (2019). *Die Gesellschaft der Singularitäten*. Suhrkamp Verlag.
- Reckwitz, A. (2016). *Kreativität und Soziale Praxis. Studien zur Sozial-und Gesellschaft Theorie*. Transkript.
- Rose, N. (1999). *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*. Free Association Boos.
- Singly, F. de. (2017). *Double Je: identité personnelle et identité statutaire*. Armand Colin.

Sobre la autora

Kathya Araujo. Profesora Titular Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. Directora Núcleo Interuniversitario Individuos, Lazo Social y Asimetrías de Poder-NIUMAP (USACH/UDP). ORCID: 0000-0002-7314-3577.